



Domingo XVIII del T.O: Multiplicación de los panes y los peces.

LECTURAS

Lectura del Profeta Isaías 55,1-3.

Esto dice el Señor:

Oíd, sedientos todos, acudid por agua también los que no tenéis dinero:

Venid, comprad trigo; comed sin pagar vino y leche de balde.

¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta?
¿Y el salario en lo que no da hartura?

Escuchadme atentos y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos.

Inclinad el oído, venid a mí: escuchadme y viviréis.

Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa que aseguré a David.

Palabra de Dios.

SALMO: Sal 144,8-9. 15-16. 17-18

R/. Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores.

El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas.**R/.**

Los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo; abres tú la mano, y sacias de favores a todo viviente.**R/.**

El Señor es justo en todos sus caminos, es bondadoso en todas sus acciones; cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente.**R/.**

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos 8,35.37-39.

Hermanos:

¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?: ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?



Domingo XVIII del T.O: Multiplicación de los panes y los peces.

Pero en todo esto vencemos fácilmente por Aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Palabra de Dios.

+ Lectura del santo Evangelio según San Mateo 14,13-21.

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de la muerte de Juan el Bautista, se marchó de allí en barca, a un sitio tranquilo y apartado. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos.

Al desembarcar, vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos. Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle:

-Estamos en despoblado y es muy tarde, despide a la multitud para que, vayan a las aldeas y se compren de comer.

Jesús les replicó:

-No hace falta que vayan, dadles "vosotros de comer".

Ellos le replicaron:

-Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces.

Les dijo:

-Traédmelos.

Mandó a la gente que se recostara en la hierba y tomando los cinco panes y los dos peces alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Palabra del Señor.



HOMILIA

"No es mi problema". Jesús no lo aceptó. Nos sucede con frecuencia a todos. Nos sucede que ante dificultades, problemas o peticiones y pretensiones de alguno de nuestros prójimos, decimos: "No es mi problema". Y es que cada uno de nosotros ya tiene su buen fardo de problemas -en su vida personal, familiar, de trabajo, etc.- como para que tengamos que cargar con fardos ajenos. A veces se nos conmueve el corazón ante las desgracias de alguno de nuestros prójimos, pero, en general, pensamos -si no decimos- que cada uno se resuelva sus problemas.

Algo así pensaron y dijeron los discípulos de Jesús en aquel despoblado, ante el problema de aquella multitud sin comida. Y los discípulos eran buena gente (como la mayoría de los hombres y mujeres de ayer y de hoy son buena gente). Pero una cosa es ser más o menos bueno -un poco aquello de: yo no robo ni mato- y otra bastante distinta es sentir los problemas de los demás como propios.

Jesús, sin embargo, no aceptó el sencillo decir "no es mi problema". Antes de hacer lo que solemos llamar el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, hace como otro milagro, previo y más importante (y quizá incluso más difícil): el milagro de contagiar su interés por todos, su preocupación por todos, su acción eficaz en favor de todos. No hace falta que la gente se vaya (que cada uno por su cuenta busque la solución de su problema). Traed lo que tengáis, aunque sea poco. "Alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio". Y lo poco compartido, se convirtió en mucho, suficiente para todos y aún sobró. Y es que lo que tenemos -aunque sea poco- si es compartido, siempre es mucho.

-Ante nuestros problemas, jamás Dios dice: "No es mi problema" Pero aquel hecho por tantos conceptos admirable que sucedió en aquel descampado de Galilea, no es sólo un ejemplo de cómo hemos de intentar ocuparnos y preocuparnos nosotros de los problemas de los demás. Es también un ejemplo revelador de cómo se comporta Dios -el Dios que nos reveló Jesucristo- con nosotros, con cada uno de nosotros, sin excepción.

Ante nuestros problemas, nuestras dificultades, nuestros agobios, también ante nuestro personal pecado, Dios, nuestro Padre, nunca dice: "No es mi problema". Nunca nos envía, nunca nos despide, para que resolvamos solos nuestros problemas. Nuestros problemas El los siente y vive como propios. Nunca nos deja solos con ellos.

Esto es lo que explica el maravilloso hecho de que el Hijo de Dios se hiciera del todo hombre. Que compartiera del todo nuestra vida. Es el máximo modo de decirnos que El, Dios, se interesa absolutamente por nosotros, por cada hombre y cada mujer, de un modo que nunca habiéramos podido imaginar.

Por eso, hermanas y hermanos, sea cual sea nuestra situación, nuestros problemas, lo que nunca debemos hacer es desconfiar del interés de nuestro Padre celestial. Repitémoslo una vez más: ante nuestros problemas, Dios nunca dice "este no es mi problema". Nos pide nuestra colaboración "como pidió los cinco panes y los dos peces- pero, sobre todo, nos da su interés, su ayuda. Es decir, su bendición, que es su amor eficaz en nosotros.

-Nada puede apartarnos del amor de Cristo. El nos da su Alimento Es lo que hemos escuchado en las palabras tan expresivas de san Pablo, en la segunda lectura. "¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?: ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?...". Pidamos hoy, con toda confianza, que también nosotros, como el admirable apóstol Pablo, aquel hombre apasionado por Cristo y por los hermanos, podamos estar cada día más convencidos de que "ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni presente, ni futuro, ni criatura alguna, podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús".

De aquel amor por nosotros, por cada uno de nosotros, sin excepción ni exclusión alguna, que cada domingo, en la Eucaristía, se nos concreta y acerca y actualiza cuando también nosotros -y Jesucristo con nosotros- bendecimos el pan, lo partimos y lo compartimos. El Pan que es alimento que nos asegura que nunca Dios deja de compartir nuestros problemas. Para que nosotros aprendamos a compartir -unos con otros- los problemas de todos.

[Enlace a otras homilias para este Domingo](#)



RECURSOS

Nexo entre las lecturas

Nos encontramos ante una de las verdades más consoladoras de la Sagrada Escritura: el amor misericordioso de Dios que se revela en el rostro de Jesús. La primera lectura tomada del profeta Isaías (1L) nos habla del gran banquete de los tiempos mesiánicos al que todos estamos llamados. Basta que uno tenga “hambre o sed”, y es candidato apropiado para acercarse al amor de Dios. Es la pobreza humana la que conmueve el corazón de Dios. “Si alguno tiene sed, que venga, si tiene hambre que acuda, no importa que no tenga dinero” El hambre y la sed expresan adecuadamente esa necesidad vital y profunda que el hombre experimenta de Dios y de su amor. En el evangelio también aparece un grupo de hombres sin pan, sin sustento. Así como en el desierto Yahveh multiplicó los medios de sustento del pueblo hambriento, así Jesús hoy dará de comer a una multitud que no tiene con qué satisfacer sus necesidades básicas (EV). El alimento material nos lleva a la consideración de un alimento de carácter espiritual y que responde a la necesidad más esencial del hombre: su deseo de gustar a Dios, su anhelo de sentirse eternamente amado por Dios. El amor esponsal está inscrito en el alma humana con sello indeleble. De este amor ha hecho experiencia Pablo y lo proclama con franqueza y sencillez: ¿Quién podrá apartarme del amor de Cristo? No hay potencia alguna que pueda apartarnos del amor de Cristo. En Cristo se revela el rostro amoroso del Padre (2L).

Mensaje doctrinal

1. La condición para ser alimentado por Dios. El banquete en la biblia es una imagen del amor de Dios. Cuando se habla del banquete escatológico, se habla del amor de Dios que se manifestará al final de los tiempos. Lugar y ocasión de felicidad y de regocijo. Las viandas son símbolos de aquella felicidad que ha vencido las penas de la vida: el agua que refresca y calma la sed; el vino que alegra el corazón del hombre; la leche y miel que expresan la abundancia, suavidad y belleza de la tierra prometida. El hombre tiene una sed profunda, como quedó manifiesto en el diálogo entre Jesús y la Samaritana. “Quien beba de este agua volverá a tener sed. Pero quien bebiere del agua que yo le daré, no volverá a tener sed. Se convertirá en él en una fuente que salte hasta la vida eterna”. El hombre es un eterno viandante y peregrino que conoce la sed y el hambre del camino. Es un ser que busca, que anhela, inquieto por encontrar su paz y su reposo. Sin embargo, no siempre acierta a dar con aquello que apaga la sed de su alma. La contemplación del mundo nos dice que es dramática su situación. Se despeña por cañadas profundas. Se abandona al mal y se hace sumamente cruel para sí mismo.

Por eso, el lenguaje del profeta Isaías es muy actual, es una invitación a no gastar en aquello que no nos da alimento, en aquello que nos deja igualmente hambrientos.

La condición que Dios nos pide para encontrar este agua, este vino, esta leche y miel, es la de escuchar su Palabra. Se trata de “inclinarse el oído”, inclinar el alma, inclinar el orgullo, inclinar la vida entera para contemplar el Plan de Dios, la Alianza que Dios ha establecido con su pueblo. La fuente de la vida se encuentra en la Palabra de Dios que se hace precepto, que se hace orientación, que se hace alianza. Dios habla a su pueblo. Lo ama. No permitirá que permanezca en la esclavitud de Egipto, no tolerará que veneren otros dioses, no dejará que el pueblo muera de hambre y sed en el desierto. El Señor recogerá a su pueblo de todos los lugares donde se había dispersado. El Señor ama a su pueblo. Él es el esposo fiel. Israel es la esposa infiel. Pero el amor de Dios no conoce arrepentimiento y sus planes subsisten de edad en edad. ¿Quién podrá apartarnos del amor de Dios?

A nosotros, por tanto, nos corresponde escuchar la voz de Dios. Escuchar es una actitud bíblica. No es simplemente oír como transeúnte distraído y desmemoriado. Escuchar es acoger, es ponderar en el alma, como María. Escuchar es prestar el oído, prestar la aquiescencia de la inteligencia y voluntad. Escuchar es postrarse ante un Dios que habla y se revela. Escuchar es quitarse las sandalias para entrar en el lugar santo. Escuchar es recoger el alma y el espíritu, y decir con humildemente: “Heme aquí”. Ante un Dios que se revela el hombre debe prestar la humilde sumisión. Así pues, escuchar no es sólo abrir el oído, sino abrir el corazón, poner en práctica la palabra de Dios, obedecer su voluntad. El drama del hombre consiste en “no escuchar” la voz de Dios, no querer dar el asentimiento, no confiar en la veracidad y en el amor de quien se revela.



Domingo XVIII del T.O: Multiplicación de los panes y los peces.

Pero el amor de Dios no se detiene ante nuestras reticencias para escucharle. Así, nos envía a su Hijo, a su unigénito. La Palabra de Dios. En él, Dios hecho hombre, nosotros contemplamos, en rasgos humanos, el amor del Padre, el rostro del Padre. Quien ha visto a Cristo ha visto al Padre. Él nos habla con amor. El nos manifiesta el amor de Dios. El da su vida por amor al Padre y por amor a los hombres. Cuando el evangelio de hoy nos dice que Jesús vio a la multitud, sintió lástima y curó a los enfermos, nos está hablando del amor de Dios que no se detiene ante el pecado, ante la aparente derrota de su creación y de la realidad humana. El viene a rescatar lo que se había perdido. Viene a manifestar que Dios es amor, y no viene a menos en su amor. Por eso, en el Tabor el Padre había proclamado solemnemente: “He aquí, mi Hijo, mi predilecto, escuchadle”. Escuchar la palabra de Cristo, ver su hoja de servicio, inclinar el oído ante sus palabras, alimentar nuestra vida y nuestro espíritu del amor de Dios, he aquí la tarea del hombre en esta tierra. “Venid a beber todos sin pagar”.

2. Tener sed y dar de beber. Tener hambre y dar de comer. He aquí dos experiencias del hombre: la experiencia del hambre y de la sed y la experiencia del dar de comer al hambriento y dar de beber al sediento. El hombre padece sed y hambre. Ciertamente padece el hambre y la sed físicas. Tiene necesidad del agua y del alimento necesarios para la subsistencia. Pero padece, de modo más profundo, hambre y sed de verdad, de felicidad, de paz consigo mismo y con los demás. Es aquí donde se establece una paradoja: en la medida en que el hombre sacia la sed y el hambre de sus prójimos (próximos), en esa medida va saciando la propia sed. Si esto es así, quiere decir que la propia felicidad, la paz del alma, la realización espiritual, sólo se puede lograr en la entrega generosa a los demás. “Dadles vosotros de comer”. Así, quien se preocupa sólo por su propia sed, está tristemente condenado a no encontrar sosiego a su inquietud, ni bálsamo para sus heridas, ni agua que sacie su seco paladar. La realización personal pasa a través de la entrega sincera de sí mismo a los demás. Quien se busca a sí mismo, se pierde. Y el que se da y se pierde a sí mismo, se encuentra para la vida eterna. ¿Cómo despertar en nosotros el deseo de dar de comer y de dar de beber? ¿Cómo hacer para que la propia vida se convierta en un don de Dios para los demás? Esto es lo que Jesús pidió a sus apóstoles: “dadles vosotros de comer”. No es necesario que sigan padeciendo hambre, dadles vosotros de comer. La gracia vendrá de lo alto, pero los canales por los que se transmitirá sois vosotros: dadles vosotros de comer. En este domingo debe resonar en lo profundo del alma esta invitación: “dadles vosotros de comer”. El mundo está a la espera de la manifestación de los Hijos de Dios.

Sugerencias pastorales

Uno de los rasgos más propios de la vida cristiana es su sentido misionero. En el alma del cristianismo está el sentido de la misión, del envío, de la buena noticia que se debe anunciar. Por desgracia, este espíritu misionero se ha debilitado en la conciencia y en la práctica de algunas de nuestras comunidades, y en la vivencia práctica de muchos cristianos. Por ello, es interesante volver a descubrir las riquezas de nuestro bautismo y de nuestra vocación cristiana, y su carácter misionero.

Afortunadamente, se percibe en la Iglesia un renacer misionero. Hay dos documentos que han contribuido a esta nueva toma de conciencia: la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975) de Pablo VI y la carta encíclica *Redemptoris missio* (1990) de Juan Pablo II. En ésta última el Papa afirma: El presente Documento se propone una finalidad interna: la renovación de la fe y de la vida cristiana. En efecto, la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola! La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal. (*Redemptoris Missio* 2) El ejemplo del Santo Padre y su encíclica sobre el tema, ha despertado un nuevo interés por la misión ad gentes. Se ha ido logrando poco a poco el fruto de la encíclica: renovación interna de la fe en los fieles. Son numerosas las iniciativas que se han puesto en marcha y otras que se están proyectando. Han surgido grupos de jóvenes, que a lo largo del año, especialmente en la semana santa, dedican tiempos específicos para ir a las pequeñas poblaciones para avivar la fe. Han surgido grupos de familias que, “en familia”, van de hogar en hogar para compartir la fe con otras familias menos afortunadas y sin tantos medios de formación como ellas. Es importante subrayar la segunda razón que mueve al Papa a hablar de la misión: Pero lo que más me mueve a proclamar la urgencia de la evangelización misionera es que ésta constituye el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual, el cual está conociendo grandes conquistas, pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia. « Cristo Redentor —he escrito en mi primera Encíclica— revela plenamente el hombre al mismo hombre. El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo ... debe ... acercarse a Cristo. La Redención llevada a cabo por medio de la cruz ha vuelto a dar definitivamente al hombre la dignidad y el sentido de su existencia en el mundo ». (3) (*Redemptoris Missio* 2)



Domingo XVIII del T.O: Multiplicación de los panes y los peces.

Será muy útil buscar aquellos medios que favorezcan el espíritu misionero de nuestros fieles. En cada cristiano hay un corazón de apóstol. Es necesario avivarlo. Es necesario darle alas y medios de expresión. Es necesario “enviarlos a la misión”: darles vosotros de comer, dijo Jesús a sus apóstoles. Este es el mejor servicio que podemos prestar al mundo y a nuestros mismos fieles.